

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín.	2,50
Idem del Suplemento.	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119 principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción.

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

DÍA ACIAGO

—¡Vamos á ver, muchacho! —dijo el párroco de Peñahendida á su acólito Carlos, hijo de un ricacho del pueblo, que por purísima vocación se prestaba á ejercer el cargo. —¡Vuelve á leer eso!

Carlitos se restregó los ojos, leyó y releó en silencio muchas veces el párrafo que había motivado la interrupción de su maestro, y, con acento de profunda convicción, contestóle:

—¡Pues sí, señor; aquí dice esto! "Para convencerse de la eficacia que los ruegos de la Virgen tienen para con su Divino Hijo, baste recordar que, á una simple indicación suya, convirtió el agua en vino en las bodas del canal".

—¡De *Canal*! —le interrumpió el pater malhumorado. —Sigue, hombre, sigue, y no digas disparates.

—"Y, según asegura una vieja... una vieja..."

—Y piadosa tradición, (¡animal!). Mira... más vale que te vayas de paseo, porque hoy no das pie con bola en la lectura. ¡Ah!... De aquí á dos horas te llegas al Ayuntamiento y recoges los periódicos que haya para mí.

Salió retozando de alegría el presunto clérigo (porque es de advertir que el párroco lo estaba desasnando para enviarle al seminario de..., donde ya hacía dos años que cursaba Teología un hijo de una su ex-ama, sobrino suyo por no sé qué accidente fortuito); pero antes de salir echó mano á un bonete de muelles que estaba sobre una silla, y, plegándole, se le guardó en un bolsillo.

Era la debilidad más notable del muchacho.

Todos cuantos moquetes le había atizado el pater, no habían sido suficientes para quitarle el pernicioso vicio de coger el cuatricornio, ponérselo, é ir á jugar con los otros chicos del pueblo.

—¡Vicenta! ¡Vicenta! ¡Vicentaaaa! —gritó D. Braulio (éste era el nombre del cura) cuando se quedó solo.

—¿Qué manda usted? —preguntó desde las habitaciones interiores una voz femenina de un timbre no desagradable.

Poco después apareció la doméstica, trayendo los enseres que hacía un rato le había pedido el pater.

Era la tal una morenilla bastante guapa, pero un tanto desgarbadota; ni muy alta ni muy baja; ojos parduzcos, pero graciosillos y algo picarescos. Miraba de hito en hito á su amo, y movía los labios como si quisiera hablar; después se arrepentía de su intento, y momentáneamente se cubrían sus mejillas de un tinte sonrosado que desaparecía en breve.

—¡D. Braulio! —prorrumpió al fin, temblando como la hoja marchita al soplo de los cierzos

otoñales. —Le tengo que decir á usted una cosa... que... Pero ya se la diré luego.

—¿Qué es ello?

—Nada... nada... Asómese usted á la ventana. Allí está Carlos, en aquel ribazo de la otra orilla del río. ¡Qué demonio de chiquillo! ¡Pues no tiene puesto el bonete de usted!

—Yo sí que le voy á poner las peras á cuartito á ese bribón, dándole unos lapos con...

Y señalaba la caña de pescar.

—¡Ay, no le dé usted con eso, que dicen que á los que se les pega con caña, se secan!

—¡Quién hace caso de brujerías! Lo que únicamente se seca en estos tiempos es la fe. Para sacar un cuarto á esas beatas hace falta Dios y ayuda... En fin, hasta luego.

D. Braulio se quejaba de vicio al censurar á sus feligreses, pues aunque los rendimientos de la parroquia no eran tan grandes como antaño, aún se agenciaba sus mil duros anuales, sin contar la renta de algunas finquillas que tenía y las ganancias de los préstamos que en semillas hacía á sus feligreses pobres, que lo eran casi todos; y para los tiempos que corrían, principios de 1873, no debiera tener motivo de queja.

Al acercarse al río, vió Carlos y echó á correr como un desesperado, con tan mala suerte que, al vadear el río por un sitio de poca profundidad para ir al pueblo, se le cayó el bonete, y la corriente lo llevó flotando hasta que el agua se filtró en él, pues iba en posición inversa, y acabó por sumergirse.

En la pesca de almas era muy afortunado el párroco, pero lo que es en la de barbos... ¡que si quieres! Tendía el hombre su caña y se pasaba las horas muertas sin que un pez se arriase al anzuelo, como no fuese para comerse el cebo, sin caer en el artificio. Así, después de llevarse D. Braulio muchas veces tres horas esperando, sacaba el anzuelo limpio y morondo, pero reluciente.

Por fortuna era un poco filósofo, y cuando esto le sucedía se limitaba á darse una palmada en la frente y exclamar con toda la calma de un estóico:

—¡Es claro! ¡Cómo habían de picar!

El sitio predilecto de D. Braulio era un peñasco cubierto por la sombra de dos álamos que entretejían su ramaje, y frente á los cuales las ondas del río pasaban tranquilas y silenciosas, como rendidas de la terrible lucha que habían sostenido con las rocas de la montaña.

Aún no se habían extinguido las pequeñas circunferencias que al descender el anzuelo de D. Braulio hizo trazar al agua para recobrar su nivel, cuando advirtió que la caña se arqueaba, y —¡Oh dicha! —exclamó lleno de júbilo.

Tira con rapidez del anzuelo y saca... un magnífico bonete, que no era otro sino el suyo,

más una piedra morrocotuda que dentro tenía.

Lleno de indignación recogió sus avíos y regresó á su casa, jurando arrancar una oreja al insolente acólito que en tales andanzas había metido su mística cobertera.

Sobre la mesa encontró los periódicos, carlistas, como es de suponer; desplegó uno, y cuando se disponía á saborear su *ameno* contenido, cuando su espíritu estaba dispuesto á engolfarse en el relato de alguna de aquellas brillantes victorias que los *carcas* obtenían sobre los liberales en las mesas de las redacciones, el epígrafe del artículo editorial le hizo caer desvanecido sobre una butaca. ¡La cosa no era para menos! Decía así: "Renuncia del intruso y proclamación de la República".

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó tembloroso y desencajado. —¡La sociedad se desquicia! ¡El orden social se trastorna! ¡Adiós la familia! ¡Adiós la propiedad! ¡Adiós el presupuesto de cultos! ¡Adiós, en fin, el puchero de los curas!

En esto entró el ama con los manteles para poner la mesa, y como había oído las voces y le vió hacer tantos aspavientos, creyó que estaba ensayando un sermón que debía predicar el domingo siguiente en un pueblo inmediato, y con la mejor buena fe le preguntó cariñosamente:

—¿Qué tal, D. Braulio, va saliendo, va saliendo?

—¡Quien tiene que salir por esa puerta, si no quiere salir por la ventana, eres tú!

—¡Qué atrocidad! ¡Pues no le sacan á usted poco de quicio esas cosas! Déjelo usted. Si no es hoy, será mañana.

—Ya se conoce que tú no tienes que procurar por la casa.

—Pero ¿á qué viene eso?

—¿Que á qué viene eso? A matarnos de hambre á los curas —prorrumpió en un estallido de cólera y accionando como un energúmeno; tanto, que el ama, asustada y temblando como un azogado, tuvo á bien retirarse murmurando entre dientes: —¡Si ya decía yo que con ese librote de sermones se iba á volver loco!

Las grandes tormentas pasan pronto y dejan purificada la atmósfera. Las grandes emociones de los hombres, y aun de los curas, son de breve duración: desvanecida la cólera, sobreviene la reflexión y el juicio sereno y desapasionado. Así fué que el párroco recapacitó y dijo: —¡Si ha venido la República, yo no tengo la culpa! ¡Lo hecho tiene más poder que Dios!

Por ver si se había aplacado su señor, volvió Vicenta á la sala, trayendo de la mano á un niño como de tres años. Verle el cura y encandilarse los ojos de alegría, todo fué uno.

—¿Se le ha pasado á usted el mal humor? —preguntó la criada al presbítero.

—¡Sí, mujer! —contestó éste. —Y, después

de todo, considero que he hecho mal en incomodarme contigo.

—Pues ahora le diré aquello.

Y acercándose á D. Braulio, le refirió al oído no sé qué cosas, que lo pusieron nuevamente de mal humor.

—¿De veras? —dijo asombrado. —¿Conque otra vez? ¡Pues, hija, á este paso la vida es un soplo! ¡Y con los tiempos que se preparan! ¡Dios nos coja repletos de pan! Con República, expuesto á que me limpien el comedero, y lo que venga... ¡Dios nos coja confesados!

Para colmo de desdichas, Carlos había traído, con los periódicos, dos cartas para D. Braulio. Una era de su sobrino, en que le anunciaba que, pocas horas después del correo, llegaría á la casa parroquial, para hablarle de un asunto de gran trascendencia. La otra carta era del alcalde del pueblo, que, resentido contra D. Braulio por haber sido éste muñidor en las últimas elecciones, se vengaba multándole en veinticinco pesetas, por permitir que su mula pastara en el camposanto.

Tuvo razón el que dijo que los males nunca vienen solos, sino como la Guardia Civil y los peregrinantes á Roma: por parejas.

Aún le estaban reservadas las heces del cáliz de la amargura. Como la iglesia era pequeña y las campanas estaban á poca altura, los chicos de los pueblos inmediatos venían de cuando en cuando á apedrearlas, y precisamente aquel día había subido á Peñahendida una patrulla de ellos, lo menos en número de treinta, que no se daban punto de reposo en disparar piedras sobre el campanario.

¡Para bromas estaba el párroco! Al oír el ruido se asomó á la ventana, y, viendo lo que sucedía, agarró un palo, que había sido mástil de un estandarte, y salió en persecución de los apedreadores.

Si él corría como un gamo, como garzas volaban los chiquillos, y cuando, harto de correr tras ellos á campo-traviesa, iba ya á desahogarse atizando un palo á uno de los rezagados, se empuñó en un surco recién regado, dando después en el suelo con su sagrada persona.

Eso sí, vino á consolarle su sobrino, que, sudoroso, cubierto de polvo y jadeante, apareció por aquellos prados para decirle:

—Tío, la diligencia está en Rastrojeras esperando. No dispongo más que de un cuarto de hora para volver á mi asiento, y vengo á participarle que he resuelto colgar los hábitos.

—¿Qué dices, insensato?

—Lo que usted oye. He encontrado mi media naranja... Lo siento, por los sacrificios que usted ha hecho; pero la chica vale un Perú, y, lo dicho, me caso... Adiós, que el tiempo vuela, y está la diligencia esperando.

Con los ojos arrasados en lágrimas vió Don Braulio desaparecer á su sobrino; y cuando, triste y cariacontecido, regresaba á Peñahendida, murmurando no sé qué de ingratitudes y desnaturalizamientos, el Cielo se apiadó de él... enviándole un chaparrón que le caló hasta los huesos.

—¡Viene usted hecho una sopa! —le dijo el ama contemplando la sotana, que destilaba un río.

En la boca tenía ya el remojado presbítero una interjección de á folio; pero se contuvo y, aparentando sonreír, respondió:

—¡Qué quieres, mujer! ¡Cuando el día está de azares!...

LUCIO.

UN CURA MODELO

Los vecinos de un pequeño pueblo, cuyo nombre no hace al caso, no cesan de ponderar las virtudes de su párroco. A cada instante se les oye decir:

—El Padre Pascual no se parece en nada al cura gordo, que recogió mil pesetas para la procesión del santo y las perdió al monte; no baila con la mujer del sacristán, ni mete en su ca-

sa á las muchachas para confesarlas, como el Padre Castaños; no introduce la división en los matrimonios por cuestión de limosnas á la iglesia; no se mete en ninguna casa donde haya mujeres solas; ni juega con las chicas de diez y seis años; ni tiene ama, ni sobrina, ni sobrinitos que se le parezcan, como aquel *sevillanote*, que consumía un pellejo de vino todos los meses.

Y otras cosas por el estilo que demuestran bien á las claras que en aquel pueblo siempre fueron los curas la primera calamidad, y que D. Pascual es tan bueno, que ha borrado los tristes recuerdos que dejaron sus antepasados místicos.

Ahora bien, ¿qué virtudes son las de este incomprensible presbítero? Lo ignoro; pero describiré su vida, que es la siguiente:

Se levanta temprano y se va á la iglesia á rezar por los difuntos de todo bicho viviente; dice la misa, y la dice con verdadera fe, predicando en ella sobre la conveniencia de que llueva mucho para que no falte pan á *nadie*, ó sobre la tranquilidad que experimentan los seres caritativos que ponen en manos del ministro de Dios algún dinero para limosnas.

Después de almorzar se reúne en casa del alcalde con los *notables* del pueblo, reza una oración, se entera de los asuntos del Municipio y aconseja cristianamente al alcalde sobre las cuestiones más importantes de administración y culto; esto si no juega un jarro de vino por distraerse un rato.

A la tarde pasea solo por la carretera, cerca del lavadero, donde acuden todas las vecinas, sin mirar á ninguna, pero deslizándose algunas evangélicas palabras cuando se desperdigan para regresar al pueblo.

A la hora de reglamento murmura el rosario, al cual asisten la mayor parte de los fieles, y, después de cerrar la iglesia, se marcha á dormir con el sacristán, pues, para evitar calumnias, D. Pascual vive solo con él, y él es quien le sirve de ama, cosa muy natural en un clérigo que no quiere más faldas que las suyas en su casa.

Alguna vez que otra suele pedir para los pobres y visitar las casas de sus feligreses; mas nunca entra solo en casa donde haya mujeres solas.

No se ven en el pueblo chicos que se le parezcan, ni se le ha encontrado nunca en la calle después de tocar á ánimas, al menos vestido de sacerdote.

Con esta vida y estas condiciones, D. Pascual es un cura de primera. Los vecinos no se meten en lo que no les importa, ni se fijan en si cobra mucho ó poco por los bautizos, entierros, misas y novenas. Ven que el cura no da escándalos, y esto les basta para creerlo el hombre más virtuoso del mundo.

Si alguno se queja de que le ha hecho vender una burra para pagar el entierro en sagrado de su mujer, no le hacen caso, porque todo fiel cristiano está muy obligado, etc., etc.

El pobre que se casa por pura necesidad y no tiene sobre qué caerse muerto, cumple con su deber empeñando una parte de su salario en casa de un *caritativo* señor, muy amigo del cura, que facilita dinero para pagar los derechos de Iglesia.

Naturalmente, D. Pascual no tiene la culpa de que nazcan, se casen y se mueran los habitantes del pueblo. Como Dios ha dispuesto que todo el mundo acate lo que digan los curas, y éstos necesitan dinero para *buenas obras*, no puede el párroco renunciar ni una sola vez sus derechos.

Porque es lo que él dice:

«Es verdad que el pobre Lucas ha tenido que vender una vaca para casarse: si yo no le hubiese cobrado nada, él tendría con qué ganarse el sustento; pero los pobres á quienes socorro, se quedarían sin comer una semana».

Nadie sabe quiénes son esos pobres; pero todo el pueblo se deshace en alabanzas de su párroco, que va poco á poco retirando de la circulación el numerario, y *atesorando tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consume, y donde ladrones los desentierran y roban*.

Y es que está de tal modo la clase sacerdotal, que los fieles se admiran de encontrar un cura que no viole jóvenes, seduzca casadas, pueble a Inclusa, ni ande en *juerga* constante, ni se emborrache, ni sacuda el polvo á los fieles, ni arme un escándalo cada día y un tiberio cada noche; y cuando encuentran uno como D. Pascual, hipócrita, solapado y egoísta, que rinde culto á la avaricia (vicio más asqueroso y más terrible en un cura que la lujuria misma), se vuelven locos de contentos, y lo canonizarían, á estar en su mano.

MARIANO VELA.

LANCES Y PERCANCES

Aspirando las suaves brisas que las arboledas de la Moncloa envían á *el Abanico*, se halla desde el día 12 del actual un ministro del Señor meditando sobre la inestabilidad de las cosas humanas, cómo las cañas se vuelven lanzas, y cómo un presbítero andaluz, joven y guapo hasta rayar en lo afeminado, puede en una noche trasladar su domicilio á la Cárcel-Modelo.

Y después de todo, por una tontería; por disfrazarse de persona y echarse á recorrer las calles de la Villa del Oso, no para ver las futuras Magdalenas que en las altas horas de la noche y las bajas de la madrugada pululan por la vía pública, pues es tan honesto que aborrece á las hijas de Eva y únicamente se trata con individuos del sexo feo, medio infalible de conservar su castidad; sino por lo que intentaremos referir al curioso lector.

Allá por un callejón contiguo á la calle de Toledo, llamado de los Cojos, y que parece indicado para andar en malos pasos, deparó al joven presbítero su buena ó su mala estrella un obrero robusto y fornido, de simpática (para el cura) fisonomía.

Entabló conversación con él, y comprendiendo que no andaría muy sobrado de cuartos, le ofreció y le dió cinco duros por un servicio que el artesano debía prestarle sobre el terreno.

Total, nada; cosa de un momento. Así es que el buen jornalero, ante el brillo de los cinco duros, no necesitó luz para comenzar su obra, y en un rinconcillo oscuro, acompañado por el cura (que tomó parte en la tarea), trabajó con tal ahínco, que hubiera terminado en breve si el sereno, hombre vulgar y malicioso, no se hubiera escamado y dirigido hacia el grupo con más intención que un toro.

Yo no sé por qué motivo el buen clérigo echó á correr, ni por qué todos los serenos de aquella demarcación armaron una sinfonía de pitos horrible, ni menos por qué se arrancaron tras él con la benéfica idea de alumbrarle un par de estacazos, cosa que no lograron; mas sí que, al oír voces de *¡á ese! ¡á ese!*, dos guardias de Orden Público que estaban de servicio desenvainaron los sables y le atizaron un par de linternazos que le contuvieron en su trote.

¡Métase usted á proteger obreros en estos tiempos de impiedad y materialismo! En vez del justo galardón que su desprendimiento merecía, durmió el desgraciado *pater* en la prevención aquella noche, y al día siguiente fué puesto á disposición del gobernador civil de la provincia, quien dispuso que pasara á descansar á la Cárcel-Modelo.

Y allí sigue el hombre aburrido, meditando en el poco aprecio en que hoy se tiene á los hombres benéficos, y atormentado por una horrible pesadilla: la de si el obispo le quitará las licencias, para que pueda dedicarse con más comodidad á proteger obreros de día, de noche, y á sol y sombra.

Y lo que más le atormenta es que, privado de su empleo, no tendrá dinero para hacer obras caritativas... como la del callejón de los Cojos.

Compadezcámonse, y pensemos en el Señor, que hizo llover fuego del cielo sobre las dos célebres ciudades malditas.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Una mañana se levantó de mal humor el obispo de Segorbe, tosió, escupió fuerte, requirió la péñola...

y con ira episcopal
y en estilo pastoril,
escribió una pastoral
que arde sola en un candel,

en la que repitió el amigo, corregidas y aumentadas, todas las tonterías que contra *Las Dominicales* y *El Motín* se les han ocurrido á todos los caballeros de mitra de estos católicos reinos, entre ellas la de que estamos excomulgados, y que incurren en pecado mortal los que nos leen, para quienes no habrá sepultura eclesiástica.

Esto me recuerda un cuentecillo, que viene como anillo episcopal al dedo (que siempre viene bien, porque cuando menos vale mil duros, aparte de lo que produce).

Había un chiquillo que, al sentarse á la mesa, tenía la costumbre de pedir dos cuartos á su padre, amenazándole con no comer si no se los daba; dió en repetir la petición con tanta frecuencia, que el autor de sus días llegó á cansarse, y un día, cuando el chico dijo con mucho énfasis: —Si no me das dos cuartos, no como, — le respondió: — Me alegro, pues así me ahorro los cuartos y la comida.

Con seguridad que muchos que no han leído nunca *El Motín* se apresurarán á suscribirse, sólo por tener el gusto de irse al otro mundo sin *gorgoritos* clericales, que cuestan caros y no sirven para nada.

Comprendo, amigo Baldomero, la rabia que habrás pasado en tu curato de Romanillos de Medina-celi, ante la resistencia de los feligreses á pagarte cinco duros por el novenario y vísperas de Santa Bárbara, fundándose en que había la costumbre de no pagar más que diez ocho reales.

Qué tal sería, cuando te marchaste á caballo del pueblo, dejando á Santa Bárbara con un palmo de narices, y fuiste á desahogar tus penas echando una cana al aire con algunos amigos ó amigas, durando tres días la *juerga*. La cosa no era para menos.

Pero mi imaginación no alcanza á figurarse lo que te pasaría cuando supiste al regresar que el alcalde, á falta de función de Iglesia, había festejado á Santa Bárbara distribuyendo entre el vecindario cinco arrobas de vino.

Consuélate con que ese pícaro arderá, si te lo propones, en los profundos Infiernos. ¡Cuidado con emplear en vino el dinero que te correspondía!

¡Y es raro que los vecinos bebedores no hayan tenido novedad en su salud!

Se conoce que la cólera celeste estuvo algo distraída.

Pero, hombre, Sebastián, el de Bustillo, ¡qué falta de caridad! ¡Reunir en día de Pascua á todas las Hijas de María para confesarlas en la iglesia, y dejar en tanto que los jóvenes se aburren! ¿No ves que esos muchachos te van á odiar viendo que quieres los goces para ti solo? Ya andan diciendo que, por egoísmo, has prohibido á las chicas el baile y otras honestas distracciones.

Ellos podrán tener motivos de queja, no lo dudo; pero me consta que no es cierto lo del egoísmo, porque has compartido la tarea con un Padre redentorista que, cuando predica en el púlpito, manda á las muchachas que lo miren de frente, para enterarse mejor, como si los muchachos no tuvieran que enterarse también.

Comprendo que, tanto para el redentorista como para ti, las Hijas de María tengan más atractivo, y os envidio la tarde que pasasteis el primer día de Pascua; pero ésa no es una razón para que no dejes tranquilos á los que no han cumplido con la Iglesia, y seas, como dicen, estúpidamente grosero cuando les diriges la palabra en la iglesia.

Más habilidad, hombre, más habilidad.

¡Cuánta gente murmuradora!

¿Pues no dicen, amigo José, que en el pueblo donde ejerces de *grajo* apostólico, entre Santander y Vizcaya, das cada escándalo que canta el Credo?

No lo puedo creer. Con saber que eres un ex-guerrillero de Somorrostro, me basta para desmentir á tus calumniadores. Si no puedes con la *curda* que llevas siempre encima, tus razones higiénicas tendrás para ello. Si reúnes en la garita de la iglesia (vulgo sacristía) á las aldeanitas guapas para enseñarles lo que no saben, preciso es confesar que practicas una de las obras de misericordia. Si pasas el día en la taberna de José Antonio jugando al *mus*, hay que perdonar esta distracción inocente á las treinta y ocho hierbas que has cumplido y te retozan en el cuerpo. Si publicas las confesiones de las jóvenes en la citada taberna, debe ser para ejem-

plaridad de las que no han pecado del mismo modo.

A lo que no hallo disculpa, berrendo amigo, es á que te hayas dejado sopapear de lo lindo por el albañil que te blanqueó la iglesia, y á quien no quisiste pagar su trabajo.

¿Para cuando son los bríos de Montejura?

Dicenme, *O crego da chepa*, que tratas de desacreditar á tus compañeros para ganarte mejor la vida, respecto á lo cual nada tengo que decirte, pues me gusta ver cómo los lobos se destrozan mutuamente; pero me dicen también que desde el púlpito hablas mal de las mujeres, y esto se compagina mal con lo mucho que dicen que te gustan.

Piensa en los místicos idilios de la casa del *Pisto*, en las escenas de amor paternal que en ella se representan, y esto servirá para modificar tu lenguaje cuando trates de las mujeres, y para hacerte tolerante con sus deslices.

¡Ah! y también te encargo que, cuando tires de la oreja á Jorge, no llares Doña Tránsito á cierta carta cuando apuntes á ella, porque con la misma razón se le podía dar el nombre de cierta moza de Puente deume, lo cual no te haría maldita la gracia.

No tire piedras al bonete ajeno el que lo tenga de vidrio.

Un cura del partido de Lugo escribe á un compañero la siguiente carta:

«Muy señor mío y amado compañero en el ministerio: J. S. F., hoy vecino en ésa de su digno cargo, se conservó soltero, sin haber la menor sospecha se hubiera desposado, ni comprometido con mujer, al extremo que me llamó la atención se resolviese á casarse á los cuarenta años. En el consejo notará usted se le puso la edad de veintinueve años por su propio padre, tan panarra, que si su madre se descuida un poco en parirle, nace ya con herraduras. Yo creo necesitaba certificado de soltería, y por esto dirijo á usted ésta con el sello parroquial, por si quiere pasar á esos animales en esta vida, á otra cristiana.»

«Con esta ocasión se pone á sus órdenes su menor capellán q. b. s. m., A. L. G.»

No se puede dar más cultura y delicadeza.

Es un modelo de esa literatura de sacristía que refleja perfectamente el espíritu dominante en las tertulias de las garitas de iglesias.

El capellán de Nuestra (suya) Señora del Milagro (Lérida), es un dije para dejar bien puesta esa advocación.

Recordarán ustedes que el año pasado devolvió el habla á una mujer á quien su marido no podía hacer callar ni aun dormida.

Pues bien, ahora ha convocado á los fieles de todo el mundo, para que concurren en romería al santuario, ofreciendo que se verificarán milagros por gruesas, como las cajas de cerillas; recobrarán vista los sordos, oído los ciegos, habla los cojos, etc., etc.

¡Oh *curiana* benemérito y desinteresado! Mientras los demás *recobran*, tú cobrarás los ochavos que suelten en los cepillos los tontos de quienes vives, para mengua de esta especie humana, tan estúpida aún en su mayoría, que da por bienes fantásticos bienes reales.

El *cucaracha* del Calvario (Cuba) es el número uno de los de su clase.

En 1883 fué procesado por lesiones.

En 1886 prohibió que se diese sepultura á una niña.

En 5 de Marzo pasado se presentó en la bodega de D. Carlos León, y lo insultó de una manera escandalosa, no sé si por negarle unos vasos de vino que le pedía.

El mismo día atropelló á un anciano de sesenta años.

Y otro día vendió dos mil ochocientas tejas que no eran de su propiedad.

Para que se vea si procura ajustar al Evangelio su conducta, usa habitualmente las siguientes armas defensivas: revólver, puñal y garrote.

Por cuyos méritos y motivos se le pudiera llamar muy bien el José María de los *cucarachas*, y escapar de él cuando asomase la *jeta*.

Porque tonsurado, despreocupado, armado y afloxerado... ¡el Señor me coja confesado!

El *curiana* de Wajay (Cuba) no se entretiene más que en amarrar chivas, en dar bofetadas á los monaguillos que le ayudan á consumir el santo sacrificio y en jugar á la *brisca* en las bodegas.

Son ocupaciones dignas de la coronilla que lleva en la calabaza; pero aún tiene otra mejor: predicar disparates de *primo cartello* y echárselas de autoridad.

El Domingo de Ramos se atrevió á decir: «Yo soy el juez municipal, yo soy el alcalde de barrio, yo lo soy todo, y todos tienen que venir á mí».

Sus feligreses están que trinan con él, cosa que no

entiendo, pues deberían dar las gracias al Altísimo por haberles enviado un cura que, aparte de su soberbia, sus vicios, y el ser iracundo, y el meterse en lo que no le importa, es un modelo de virtudes... negativas.

Aviso al público. Interesante.

Anda por Madrid un sátiro de sotana y manteo que engaña á primera vista por su amabilidad y buenos modales, debiendo sin duda á estas condiciones que se le permita circular libremente por las calles y ejercer las funciones de su ministerio.

Para que se comprenda el peligro en que viven los habitantes de esta heroica villa, basta decir que hace algunos años, y residiendo en Béjar, el citado *clerimico* violó á una niña de trece años, con circunstancias muy agravantes.

Conviene, pues, la mayor previsión para evitar las acometidas de este sátiro brutal. Lo mejor es ponerse en guardia apenas se perciba de lejos alguna siniestra figura de presbítero.

Con tanta más razón, cuanto que hay muchos que se le parecen en lo físico... y en lo moral. Es decir, en lo inmoral.

En Utiel existe una *iluminada* que todos los días echa un parrafito con San Francisco en persona.

Se saludan, hablan de sus cosas, y luego el santo, amable como un cura con una beata joven y dñerosa, le da unas leccioncitas de Terapéutica aplicada á las enfermedades más graves.

Y no es ésta la única ganga que disfruta la buena mujer, pues tiene también revelaciones celestiales.

Por una de éstas ha sabido que ha muerto santo un pariente suyo en Caravaca, y que le ha dejado una cruz que irá á recoger en breve, prometiendo para cuando regrese hacer una de milagros que va á temblar el orbe.

Si el marido (porque la tal es casada), hiciera el favor de aplicarle á las costillas un trozo de la acreditada reliquia de *San Fresno*, abogado contra la chifadura católica, no volvería á pensar en San Francisco y tendría su casa más arreglada.

Pero como el marido será un cernícalo como ella, no hay que confiar mucho en que se verifique ese milagro.

El que tima á un timador
merece bien del Señor.

Aquella Dolores, beata feroz que se dedicaba en Huelva á visitar iglesias y casas particulares, las primeras para dar gracias á Dios, y las segundas para timar los cuartos á los fieles con pretexto de reunir el dote para meterse monja, reunió por fin once mil reales á sablazos y entró en el convento de Agustinas.

Los *cucarachas* le perdonaron el dote, generosidad increíble tratándose de ellos, y acción noble y heroica, digna de un soneto de Carulla, si no tuviese una segunda parte, que es la lastimosa; pues empezaron por cobrarle derechos y torcidos por todos conceptos: por licencias, toma de hábito, corta de pelo... y le dejaron el bolsillo pelado completamente.

Consuélese la hermana y piense que lo que por una parte le han quitado los curas, ya se lo aumentarán por otra. Y dentro de pocos meses.

En la calle de Cervantes (Orense) vive una beata que se despepita por los *cuervos*.

Uno del ramo la visita con frecuencia, y ella sale á recibirle con los brazos abiertos (metafóricamente hablando), y se pasan largas horas en espirituales coloquios gozando lo indecible (esto sin metáfora ninguna por mi parte).

Al despedirse, sale la devota acompañándole hasta la puerta, y con ojos acaramelados y frases dulzarronas le dice: «Dios le consuele tanto como usted me consuela á mí».

Esto, que no tiene nada de particular, ha dado motivo para que las gentes digan que si esto... que si lo otro... que si lo de más allá, y lo peor es que á mí también me huele á llo, dicho sea con todo el respeto que merecen las personas sagradas.

Su Santidad, el auténtico León XIII, se ha dignado añadir un beneficio más á los muchos y utilísimos con que los sumos pontífices han favorecido á esta nación católica por esencia y torera por temperamento.

Consiste la merced en permitir que los españoles puedan comer carne los viernes y sábados dentro y fuera de España.

Si no fuera porque yo creo á puño cerrado en la infalibilidad de los Papas, diría que nuestro amantísimo Padre se ha equivocado de medio á medio.

En vez de enviarnos la licencia para el uso de

carne, debiera habernos enviado la carne para usar la licencia.

Las hazañas del insigne Baldomero, á quien ya conocen mis lectores, van á esculpirse en mármoles con letras de oro.

A cambio del sermón de Pasión en Semana Santa y de alguna que otra misa, propuso al Ayuntamiento de Romanillos de Medinaceli la exención del pago de consumos. La proposición fué rechazada, y el *sotana* piadoso ha amenazado á los vecinos con la cólera del Cielo, que no dejará en pie ni una espiga de trigo de sus campos.

Esperamos con ansiedad el resultado de esta pugna. Si el Cielo no secunda los buenos deseos del venerable *sa-cerdo-te*, queda éste lucido.

Aunque más lucidos quedarán los vecinos si reco-gen una buena cosecha, como es natural.

El cura de Pozo Grande (Pontevedra) es hombre que lo entiende. No pide más que diez pesos por casar á un pobre hombre que va desde Portugal con su futura, acudiendo al llamamiento de su madre enferma, y expresamente con el objeto de legalizar su unión.

Pero es lo peor del caso que los diez pesos no sirven de nada á los futuros cónyuges, porque el novio entiende poco de Doctrina cristiana. Según nos escriben, el cura le *pidió los misterios de la Encarnación, y, como no los encontró en el comercio (sic)*, no pudo dárselos.

Desenlace.

Los novios han tenido que ir á casarse á Portugal, después de oírse llamar brutos á boca llena.

Me alegro. ¿Quién les mandó hacer el viaje?

¡Cómo! ¿Un defensor de Carlos Chapa en lo mejor de su vida ha perdido media sotana entre maldiciones y blasfemias, llevando encima una tunda de padre y muy señor mío! ¿Vamos, me parece imposible. Y más imposible que, huyendo del albañil, se enchiquerara en la taberna. Sólo me lo explico por el deseo de no hacer esperar á la mujer del tabernero, que, según dicen, es su amiga.

Hasta en esta elección ha tenido acierto, el amigo José. ¿Qué mejor amiga para un ministro del Señor que la que nunca deja vacías las vinajeras!

El caso es que se ha salido con la suya y que no le ha pagado un céntimo al albañil.

Así me gustan á mí los *carcas*; justos y honrados hasta la pared de enfrente... blanqueada por un albañil que no cobra.

Los *cucarachas* de Cádiz no se dan punto de reposo en eso de reunir dinero.

A veintiocho mil setecientos noventa reales asciende lo que han recolectado para construir una capilla, además de los ciento treinta y tres mil ochocientos setenta y tres que *irregularizaron* místicamente para las bodas de oro del Papa.

Mas, ¡ay! No tienen la culpa ellos, sino los inocentes que le abren la bolsa cuando se les presentan sable en ristre.

Es verdad que, si no hubiera tontos, ¿cómo habría curas?

Los escolapios de Monforte tienen una reliquia formada con leche de la Virgen, espinas de la corona de Cristo y un trozo de madera de la cruz en que murió. Y para honrarla y enaltecerla, han rifado una rosca á diez céntimos la papeleta.

No se puede tener en menos reliquia de tanto valor, á no ser que los escolapios crean en su autenticidad como este seguro servidor... de sus confesandas en buen uso.

Dice un colega de Jaén que las *Siervas de María* de no sé qué capital, han construido un *mirador* en el convento, donde corren las grandes *juergas* con un *clerimico* que las visita todas las tardes, jugando además á la gallina ciega como cualquiera pecadora profana.

Les recomiendo la *Moral Jesuítica*, para que se enteren de lo que dice de los tactos el Padre Sánchez, y no caigan en tentación de pecar.

Parece que un *parroquidermo* de Irún ha reprendido de tal modo al pobre alguacil de su iglesia porque los chiquillos habían peloteado á los santos de la fachada, que el infeliz ha tenido que dimitir el cargo que desempeñaba hacía muchos años con doscientas cincuenta pesetas anuales.

Dicho *parroquidermo* es el mismo que hace años dejó morir á una mujer sin confesión por no resfriarse. Lo que ha conseguido con sus masedumbres es que el pueblo de Irún se vaya emancipando de la influencia de la sotana.

«No hay mal que por bien no venga;» como dice

el enjambre de costureras que trabajan con la mujer del alguacil dimitente.

Señores *curizánganos* y beatos del concejo de Boal:

Siento muchísimo que no hayan ustedes conseguido el triunfo en las pasadas elecciones municipales, para exceptuarse en el pago de la contribución de consumos, como se proponían.

Y tanto más lo siento, cuanto que los trabajos electorales no han permitido sacramentar á un infeliz que se moría.

Pero lo que me llega al alma es que, por conquistar un voto, tengáis que decir una misa de balde.

Esto clama al cielo. ¿Verdad?

Los empleados de consumos de Málaga han incurrido en la excomunión mayor que el Concilio de Trento impone á los seglares que ponen sus manos pecadoras en las cosas eclesiásticas.

¿A quién se le ocurre registrar el equipaje del prelado? ¿Si habrían creído que entre sus enseres de viaje llevaba el buen señor algunos objetos de comercio espiritual, tales como fusiles ó pistolas, pongo por caso!

¡Desdichados! ¿No saben que la cólera divina está pronta á descender sobre aquellos que se atreven á tocar siquiera los calcetines de un sucesor de los Apóstoles?

Apreciable *sotana* Carmelo, de Monforte:

¿Has oído decir si por esos alrededores hay un *clerimico* que admitió en su casa como criada á una chica soltera, y á poco le dió el ascenso inmediato, es decir, la convirtió en madre?

¿Sabes si el fruto de los clericales amores fué á dar ó no con sus huesos á la Inclusa de Orense, y si el *pater* se mostró tacaño en grado escandaloso?

Dime lo que sobre este asunto haya llegado á tu noticia, así como si la chica desea entrar de ama de cría en cualquier casa.

¿Qué bulto negro es aquel que se divisa en la cuneta que desde Betanzos conduce al inmediato lugar de la Peregrina?

Gruñe como un cerdo y huele como un lagar, y algo tiene de ambos; pues es el clérigo conocido por *Papa de Roma*, que duerme allí donde dió el último traspies una fenomenal *jumera*.

Dejad que los chicos le silben y le acompañen entre burlas hasta su casa; así se parecerá en todo á Noé, á quien al verlo *curda* escarnecieron sus hijos.

¿Qué más honor para el *clerimosquito* que parecerse á un patriarca!

Dicen de Las Palmas que cada correo que llega de España conduce cinco ó seis zánganos de coronilla pelada con destino á aquel seminario, resultando con esto que hay en él más curas que cachorros de ídem.

Si los fuesen reuniendo á todos en los seminarios para el día del *puntapié*, no tendríamos que perder tanto tiempo en buscarlos.

Según *La Derecha* de Zaragoza, devotas damas se han encargado de recoger donativos para hacer un regalo al Sumo Pontífice por un medio ingenioso: presentando á los incautos una tarjeta donde cuesta diez céntimos cada alfilerazo que se planta.

¡Cuidadito con los alfileres y con los alfilerazos! Hay algunos que, después de traspasar la tarjeta, no se sabe dónde pueden ir á parar.

ANUNCIO

El presbítero que por equivocación hubiese cogido, en un vagón de segunda, el gabán de un caballero, dejándose allí la sotana, puede pasar á recogerla en la fonda de Reinosa, donde está depositada, devolviendo el gabán, si es que ya no le necesita para disfrazarse de persona y echar una cana al aire.

Al propio tiempo se le ruega que en lo sucesivo no equivoque las prendas, aunque éstas sean tan parecidas como un gabán y una sotana, ó como un cura y una persona decente.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—¿Sabe usted si existe un *clerizángano* que tiene un colegio en el barrio de Salamanca, y que, no contento con dar la castaña á los fieles, se la da al público encargando á algunos artistas trabajos, que presenta luego como hechos por sus alumnos y bajo su dirección?

¿Sabe usted si, habiendo ajustado uno de esos trabajos en diez duros, se negó á pagar más de seis, por cuya sacerdotada, vulgo informalidad, el artista se llevó el tra-

bajo á su casa, dispuesto á romperlo, á la vez que la coronilla del *pater*?

—Lo ignoro; pero se lo preguntaré á un tal León, que trabaja de cura y hace de pedagogo en un colegio de la calle de Claudio Coello, y como él conoce á tantos curas que embrutece, digo... que educan niños, tal vez sepa algo del asunto.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Matrimonios de aventura, novela original de Emilio Gaboriau.

Uno de los novelistas franceses más populares y más conocidos de nuestro público es Emilio Gaboriau. Dentro del género literario á que pertenecen sus obras, se ha creado una especialidad en la que nadie le aventaja; nadie como él ha sabido hacer una obra literaria de los procesos célebres.

Matrimonios de aventura es una novela donde se ve cuán difícil es prever y fijar los misteriosos caminos que llevan á dos seres, destinados el uno para el otro, á unirse en amorosa pasión.

Con este pensamiento, y con una exquisita forma literaria, ha conseguido Emilio Gaboriau escribir dos interesantes narraciones, que forman el volumen 71 de la Biblioteca de *El Cosmos Editorial*.

Esta obra se halla de venta en *El Cosmos Editorial*, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid, y en las principales librerías de España y América.

Advertimos á aquellos de nuestros lectores que tienen frecuentes relaciones con la acreditada casa de Madrid *El Cosmos Editorial*, que esta empresa, con el fin de ampliar sus oficinas y dar cada día mayor impulso á sus importantes trabajos editoriales, se ha trasladado á la calle del Arco de Santa María, núm. 4, bajo.

Acaba de ponerse á la venta en todas las librerías la interesante novela de Arthur A. Matthey titulada *Teresa Buisson*, cuyo argumento descansa en las cavilidades y suspicacias del *ricacho* rústico para preponderar, por el influjo de la propiedad y del oro, en la comarca que avasalla.

Con decir que es debida á la pluma que trazó las inimitables escenas de *El Casamiento del Suicida* y de *La Niñera* (su complemento), donde se pintan de mano maestra la vida campesina y las truhanerías del rey de la aldea, *el cura*, que es el protagonista del drama, creemos hacer el mayor elogio de la obra y del autor.

Los señores suscriptores á *EL MOTÍN* la hallarán también en esta Administración.

Precio: dos pesetas.

ADVERTENCIA

Dentro de pocos días pondremos á la venta un libro que contiene *EL TESTAMENTO del cura Meslier, autor de la célebre obra DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN, precedido de la correspondencia que sostuvieron Voltaire y D'Alembert en elogio del libro y de su autor.*

A continuación va la curiosa y graciosísima obra *ENSAYO SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE ALGUNAS ESPECIES DE MONJES.*

Precio del libro: dos pesetas.

Los suscriptores directos á *EL MOTÍN* la recibirán con la rebaja del 25 por 100.

OBRA NUEVA

BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

MORAL JESUÍTICA

ó sea

CONTROVERSIAS DEL SANTO SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

SU AUTOR

TOMAS SÁNCHEZ (EL CORDOBÉS)

De la Sociedad de Jesús

Traducción del latín.

Véndese al precio de cinco pesetas.

Los suscriptores á *EL MOTÍN* la recibirán con el 25 por 100 de rebaja.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE

EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4